

Escala: uno es a mil
ÁLVARO DE LOS ÁNGELES

Cuando percibimos el entorno y actuamos sobre él, lo hacemos con relación a lo que sabemos y hemos aprendido. Hay información que detentamos desde la infancia y que asumimos de manera casi nativa (el reconocimiento de la propia sombra o los ciclos estacionales, por ejemplo) al tiempo que, a lo largo de toda una vida, atesoramos datos aprendidos tanto de manera empírica como abstracta; las teorías y la práctica son nuestro equipaje de saberes y novedades que activarán el deseo de saber más, de llegar un poco más lejos. El arte resuelve con destreza el equilibrio entre ambos conocimientos, entre ambos aprendizajes, y los artistas son los principales artífices de esta doble misión de mostrarse sensibles con el entorno y ser capaces de reproducirlo con distancia y mirada crítica.

Nuria Rodríguez lleva un par de décadas planteando cuestiones sobre el entorno (aquí entendido como una combinación entre lo natural y lo cultural) y su conversión en representación; así como sobre los códigos que la ciencia y el arte emplean para traducir en formas inteligibles aspectos inabordables por su magnitud o por su abstracción. El ámbito de lo que es capaz de ser archivado, medido, reflejado en gráficas y analizado

posteriormente como relato, es donde la artista ha desempeñado “expediciones” más ambiciosas. Como una pulsión emocional y, a la vez, necesitadas de un grado de lógica y distancia, las investigaciones de N. Rodríguez tratan con exhaustividad los aspectos interrelacionados entre materias: la literatura de los mapas y los imaginarios instalados en la tipografía o el texto. Este espacio liminar, intermedio, responde a su propia búsqueda como artista e investigadora visual, como diseñadora gráfica y editorial y como archivista de materias encontradas. Ramas o piedras, metales o minerales, escenas recuperadas de libros de infancia o formas recreadas como suplantación de lo natural, entre otros ejemplos de bestiario, aparecen como objeto o imagen para generar miradas cruzadas. El arte construye una lectura sobre el mundo y despliega, a la vez, una mirada visual sobre la historia.

Bajo el título *Escala: uno es a mil*, la artista avanza en su línea investigadora con la certeza de quien entiende como logro el desarrollo conceptual de sus pensamientos y los resultados estéticos como proceso de un todo mayor. Una línea de progresión con

etapas y estaciones, con grandes temas y con subapartados igual de decisivos. Todo este recorrido temporal y de conceptos, lo es también geográfico desde un punto de vista simbólico. La escala es la posibilidad de acotar el territorio, calibrar las grandes distancias, plasmar lo inabarcable y ofrecerlo como quien ofrece un símbolo: eso que vemos es, al mismo tiempo, otra cosa. Al indicar la medida de la escala (1:1000), se comprueba la envergadura de la empresa. Desde que el arte es arte (incluso cuando no se sabía qué era), las escalas de los referentes han sido un elemento decisivo para su aprehensión. La traducción del tamaño de un animal, de un territorio, de cualquier humano, a otro manejable para nuestras manos y nuestras mentes generadoras de historias, implicaba ya un salto de escala, una aceptación de la principal regla: convertir en juego simbólico la realidad externa y salvaje; asumir como posible lo real e inevitable.

La escala de este proyecto aúna la importancia de los saberes históricos y su conocimiento, por un lado, con el reto estético de convertirlo en obra artística, por otro. En el espacio intermedio

entre ambos ámbitos, Nuria Rodríguez interpreta las lecturas externas y los pensamientos emocionales internos en pos de la pintura como lenguaje y como medio. La certeza del título del proyecto se halla en la habilidad de cambiar el punto de mira y la escala, que se orienta de lo general a lo particular; de lo individual a lo colectivo; del paisaje como espacio natural, al paisaje como tema artístico; del detalle ampliadísimo de un material, a la segmentación de sus componentes y a la clasificación de sus cantidades según su apariencia y sus características. Es, en definitiva, el conflicto resuelto (o en vías de resolución) entre lo que sabemos de manera empírica y lo que imaginamos y creamos artísticamente.